

LA CONDICION DEL HOMBRE ADAMICO

Parte 17

“Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás” - (Efesios 2:1-3).

REPASO

Antes de iniciar esta lección quiero hacer un breve repaso acerca de lo que dijimos al final del capítulo 1. La mayoría sabemos que los libros de la Biblia no fueron escritos divididos en capítulos y versículos originalmente, por lo menos, no por varios cientos de años, esto se introdujo después. Fueron escritos como simples cartas, así, cuando usted o yo vemos un espacio entre los capítulos, no necesariamente significa que allí exista un espacio en la línea del pensamiento espiritual en el corazón del autor. De hecho, muy a menudo encontraremos que esa división de capítulos interrumpe la línea de pensamiento, y a mi parecer, encajaría mejor en otro lugar.

En todo caso, Efesios capítulo 1 termina con la descripción que hace Pablo de la iglesia como el cuerpo de Cristo, la plenitud de Aquel que lo llena todo en todos. Entré en algunos detalles tratando de describir que nosotros, la iglesia, no somos un pueblo que ha obtenido cuerpos resucitados, no; somos el cuerpo de la resurrección de Cristo en la tierra. Pablo y los apóstoles del Nuevo Testamento, nos describe la iglesia como la vasija corporativa multi-membrada del resucitado Señor Jesucristo, somos, literalmente, el cuerpo de Cristo.

Y así como cualquier otro cuerpo, nuestro propósito es ser la expresión de la Vida que habita en el interior. Nosotros no tenemos por objeto ser la expresión de un puñado de miembros que tratan de ser como Jesús; como cualquier cuerpo, tenemos por objeto ser la expresión de la vida que habita en él. ¿Cuántas manos, conoce usted, están tratando de expresar una mano? ¡Las únicas manos que yo conozco, están tratando de expresar la persona a quien le pertenecen! Las manos de María, expresan a María. Las manos de Juan, expresan a Juan... Nosotros, los miembros del cuerpo de Cristo, tenemos por objeto ser

lentos de Cristo para Su expresión y no para nuestra imitación; para Su manifestación y no para nuestra imaginación; para Su exhibición y no para nuestra religión.

T. Austin-Sparks dice que la iglesia no es un “qué”, sino un “Quién”. La iglesia es Cristo viviendo en un pueblo, y funciona como Su cuerpo, sólo cuando el “Quién” es formado y vive a través de dicho cuerpo. Una persona que conozco dice que la iglesia es la “presencia de Cristo” o no es nada. No es la presencia de un sistema de creencias, un código de ética, una reunión social que se esfuerza con miras a un comportamiento similar...o cualquier otra cosa. La iglesia es el Cuerpo de Cristo, la plenitud del que lo llena todo en todos.

Tratamos un poquito las palabras “*la plenitud de Aquel*”, porque ellas pueden parecer extrañas a primera vista. ¿Cómo podríamos ser nosotros la plenitud de Él? Bien, no podemos en el sentido de “perfeccionarlo”, pero sí, siendo la manifestación y expresión plena de Él. ¿Lo ve? Le di el extraño ejemplo de un pastor sin cuerpo. Si mi cabeza estuviera sobre una mesa predicando, usted tiene a Jason, en efecto, pero no tendrá mi plenitud hasta que yo tenga un cuerpo en el que mi vida llene cada miembro en todos los sentidos. Hasta que mi vida sea formada en un cuerpo, yo no tendré manera de expresarme o manifestarme plenamente en la tierra. Esto no es diferente a lo que Pablo dice en Gálatas 4:19, “*Hijos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros*”.

Esta es la meta de Dios; no que usted y yo tratemos de expresar a Jesús en la tierra al aprender acerca de Él, sino que usted y yo nos tornemos en la expresión de Jesús al ser formado en nosotros. No que usted y yo tratemos de manifestar al que conocemos que es nuestra Cabeza, sino que la Cabeza sea la que “obre en nosotros tanto el querer como el hacer por Su beneplácito”. Esto es posible a través de la renovación de la mente, la revelación de Cristo, pero esto está fuera de nuestro tema.

LECCION

Lo que no está fuera de nuestro tema, es la descripción al final del capítulo 1, acerca de lo que estamos destinados a ser en el eterno propósito de Dios, y que es inmediatamente seguida, por la descripción de lo que somos por naturaleza.

Pablo primero nos habla de lo que llegamos a ser por medio del nuevo nacimiento y de la transformación del alma; nos habla del eterno propósito de Dios. Luego, se asegura de que comprendamos de dónde venimos. Se asegura de que comprendamos que los que llegaron a ser el cuerpo de Cristo y Su plenitud, iniciaron siendo Sus enemigos; hijos de ira, muertos en delitos y pecados, y peor aún, vasijas del espíritu que obra en los hijos de desobediencia. De esto hablan los versículos de nuestra lección.

Ahora, Pablo no está tratando de hacer que la gente se sienta mal, más bien está tratando de ayudar a la gente a comprender la realidad y poder de la cruz. Porque sólo cuando comprendemos lo que éramos y que no tenemos nada que ofrecerle a Él, y por lo tanto, lo que Dios quitó por medio de Su cruz, podemos comenzar a comprender, realmente, en lo que nos hemos convertido y lo que el eterno propósito de Dios es en nuestra alma. Hasta que usted y yo no hayamos visto con el entendimiento espiritual que nuestra salvación y servicio en el reino de Dios no es el mejoramiento de lo que está en nuestras almas, sino la remoción y sustitución de ello, usted y yo continuaremos tratando de ofrecerle a Dios lo que Él ha condenado, juzgado y quitado.

De ahí, lo que dice Pablo en nuestros versículos. Y ustedes *“~~Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo~~ (literalmente ‘era’), siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás”*.

¡Qué análisis y crítica del hombre natural! Separados de la vida de Cristo obrando en nosotros, es como Pablo nos describe: Muertos en delitos y pecados, caminando enteramente de acuerdo a la corriente de este mundo, bajo el poder y expresión del diablo, comportándonos de acuerdo a los deseos de nuestra carne, teniendo como propósito cumplir los deseos de la carne y de la mente carnal, siendo por naturaleza hijos de ira. ¡Hmmm...! ¡Aquí se cae el argumento de que los humanos son inherentemente buenos hasta que aprenden la maldad de la sociedad, los Pitufos y la música rock!

Mire, hay una gran equivocación en la iglesia de hoy que dice, que una vez que hemos nacido de nuevo, Dios simplemente quiere dirigir y aprovechar nuestras pasiones, pensamientos, habilidades y deseos naturales y usarlos para Su propósito. Espero no ser el primero en estallar su burbuja, pero Pablo dice aquí que somos por naturaleza en nuestra mente, voluntad y emociones, hijos de ira, muertos en delitos y pecados, y manifestaciones del espíritu que obra en los hijos de desobediencia.

Esta naturaleza no es modificada por la cruz de Jesucristo, tampoco es ajustada o personalizada a un formato más amigable con Dios. Esta naturaleza es crucificada; y hasta que comprendamos lo que somos a la vista de Dios por naturaleza, veremos lo que Él quiere de nosotros. Dios no quiere una versión mejorada de nosotros, sino un cuerpo para llenarlo de Su Hijo. Dios quiere que nos convirtamos en *“la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo”*.

Me doy cuenta que no es políticamente correcto, y que esta predicación puede que no llene los asientos en ningún sitio, pero no hay opción. Usted y yo debemos encarar nuestro

final en la cruz, antes de que Él se torne en nuestro principio. Usted y yo debemos encontrar nuestra muerte allí, antes de que lo encontremos a Él como nuestra resurrección y vida. Usted y yo debemos entender en los más profundos rincones de nuestra alma, que somos contrarios a Él de todas las formas naturales, antes de que podamos permitirle sustituir lo que éramos por lo que Él es. Esta es la razón por la que Pablo se asegura, y después de haber expuesto el eterno propósito de Dios en el capítulo 1, nos recuerda de dónde venimos, en este capítulo 2.

La ruta al eterno propósito de Dios para su vida empieza, con la comprensión que da el Espíritu de que “en la carne no mora el bien”. El camino para que Cristo sea formado en usted inicia, con el reconocimiento de que antes de Él estaba el espíritu que obra en los hijos de desobediencia. También se podría decir, que el recorrido hacia el ensanchamiento espiritual comienza, con la comprensión de la realidad de nuestra bancarrota espiritual. Si usted y yo queremos crecer en el Señor, debemos entender cuán profundamente contrarios somos a Dios por naturaleza, y debemos permitirle a Él que trate con nosotros con respecto a la otredad de Cristo.

Usted no podría ser como Cristo, más de lo que podría ser el murciélago de la fruta. Usted puede aletear sus brazos y comer melón, pero no va a engañar a nadie. Usted no puede “hacer” de Cristo, pero Él puede ser formado en usted. No obstante, este viaje empieza cuando nuestras suplantaciones de Él terminan. Tenemos que ver lo que Pablo está diciendo en estos versículos.

En primer lugar él dice que estamos muertos; muertos en delitos y pecados. ¿Qué significa estar muertos? Obviamente, la muerte de la que se habla aquí no tiene que ver con la muerte del cuerpo natural. Pablo le estaba mandando esta carta a la iglesia en Éfeso, no al cementerio de Éfeso. Bíblicamente hablando, la muerte no es dejar de existir o estar inanimados, sino falta de vida espiritual, ausencia del Espíritu de Dios residiendo en el alma.

La muerte, en realidad, es una fuerza muy dinámica y activa, solo que carece de vida. Dios no nos encontró vivos y sólo carentes de justicia. Dios nos encontró muertos, carentes de Su Hijo cuya vida en nosotros es justicia. Dios no nos encontró vivos y sólo carentes de paz con Él. Dios nos encontró muertos, carentes de Su Hijo cuya vida en nosotros es nuestra paz para con Él. De nuevo, Dios no nos encontró vivos y sólo luchando con el pecado. No, nuestros versículos dicen que Dios nos encontró muertos en delitos y pecados. Esta muerte reinó en cada hombre y mujer hasta que Dios ofreció la Persona que dijo: “Yo soy la resurrección y la vida”.

La Ley expuso la muerte del hombre natural; levantó un estándar justo contra el hombre adámico y lo mostró muerto en pecado. *“No obstante, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aun en los que no pecaron a la manera de la transgresión de Adán, el cual es figura del que había de venir”* (Romanos 5:14). En este estado de muerte todo lo que

nosotros podíamos producir eran delitos y pecados. Esta es llamada “la ley del pecado y de la muerte”. El pecado es el fruto del árbol de la muerte, como la justicia es el fruto del Árbol de la Vida. Por tanto, lo que la cruz realmente nos ofrece, tan extraño como pueda sonar, es la muerte a la muerte.

Esto puede ser un poco confuso al principio, pero el fallo en el entendimiento de esto, es la razón por la que los cristianos pasan la mayor parte de sus vidas tratando de limpiar la muerte y ofrecerla de vuelta a Dios. Es la razón por la que tratamos de remendar a Adán y devolverlo al juego. Es como si tomáramos el desagradable y podrido fruto del árbol del bien y del mal, y pensáramos que Dios lo aceptaría si hiciéramos un pastel de manzana. El pastel de Adán con helados de crema.

Tenemos que ver que desde la perspectiva de Dios, eso sería como regresarle la basura que Él ya llevó a la acera. ¿Puede imaginar, si justo después de que usted sacara la basura en la noche, su esposa saliera a la acera, arrastrara de regreso el basurero a la casa, lo metiera y empezara a poner todo en los estantes? Amigo, cuando nosotros fallamos en enfrentar la muerte de la muerte, trataremos de ofrecérsela a Dios en Su casa.

No es difícil ver que antes de que Cristo habitara en nuestras almas nosotros no teníamos Vida, pero recuerdo estar confundido acerca del porqué la muerte tenía que ser crucificada con Cristo. Aquí tenemos a Pablo diciéndonos que nosotros estábamos muertos en delitos y pecados, y en otros muchos lugares, el Nuevo Testamento habla de nosotros como “crucificados con Cristo”; “bautizados en Su muerte”; “sepultados con Él”; “cuando Uno murió, todos murieron”; etc. Si nosotros estábamos muertos, ¿cómo pudimos ser crucificados con Cristo? Si nosotros ya estábamos muertos en delitos y pecados, ¿cómo pudimos llegar a estar más muertos? Recuerdo que estaba manejando en la carretera, cuando esa pregunta apareció en mi mente, y recuerdo que me confundió.

Yo había visto que separado de Cristo no tenía vida. No estoy diciendo que había llegado a creer esto como verdadero, lo que estoy diciendo es que el Espíritu de Verdad había confrontado mi alma con esa realidad y la conocía como una realidad de fe. No obstante, también sabía y había visto con igual claridad y realidad espiritual, que yo había sido crucificado con Cristo, muerto con Él, bautizado en Su muerte... De modo que, por un tiempo, esas dos muertes parecían estar en contradicción. Pero no sólo no eran contradictorias, sino que como toda realidad espiritual, tenían necesaria y perfectamente sentido en la luz de Su vida; en la Luz que brilla en el corazón para dar la luz del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo.

Déjeme tratar de explicarlo. Sí, Adán está muerto, muerto en delitos y pecados. Adán como género, como naturaleza, está separado de la vida. De Adán a Cristo, era como la noche de los muertos vivientes. Sin embargo, esta muerte no era una muerte de la que se podía escapar. Esta muerte no era una muerte que tenía alguna esperanza de resurrección. Esta muerte era ausencia de vida, pero no juicio. Era vacuidad, pero no justicia. Era

separación, pero no castigo. Es decir, era una muerte que no rectificaba nada en términos de relación con Dios. Era sencillamente carencia de vida, y bajo esta condición, Adán estaba en desesperanza e incapaz de ser libre de algo mediante dicha muerte. Dios dijo: “Coman de ese fruto y morirán”; Adán comió el fruto y murió. Aún así, esa muerte no le sirvió de nada. ¿Lo ve? Esa muerte no finalizó nada, no satisfizo al Padre, no trató el pecado, no quitó al viejo hombre, no cambió su naturaleza, no lo justificó delante de Dios, no acabó con el problema que tenía con Dios...mejor dicho, esa muerte era el problema que el hombre tenía con Dios.

Lo que el Adán espiritualmente muerto necesitaba era una final. Lo que Adán necesitaba era la eliminación de esa muerte para que pudiera haber vida, y eso, precisamente, ES Cristo. No es sólo lo que Cristo “hace”, sino lo que Él es. Él dijo: “Yo soy la resurrección y la vida”, no “Yo hago resurrecciones”. Así, pues, Adán y su creación necesitaban ser eliminados, si es que Dios iba a relacionarse con nosotros en Cristo, en espíritu y verdad, en los lugares celestiales, en una nueva creación. Adán necesitaba ser más que un muerto en delitos y pecados, necesitaba ser juzgado, castigado, separado y eliminado de la vista de Dios, para que todo lo que vive, viva por medio de otra Vida; a fin de que podamos vivir en Cristo.

Juan 6:53, *“Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros”.*

Juan 5:25-27, *“De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán. Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo, y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre”.*

Aquí tenemos a Jesús ofreciéndoles a los muertos vivientes, una vida que ellos nunca han conocido. Aquí lo tenemos hablando de la muerte que es juzgada en y a través de Su muerte. Esto es lo que significa comer Su carne y beber Su sangre: Llevar Su muerte y vivir por medio de Su vida, el Nuevo Pacto. Es así, como Cristo les ofrece a los muertos una muerte que tiene resurrección al otro lado. La muerte de Adán no produjo nada, pero si Adán era puesto en la muerte y juicio del Hijo del Hombre, entonces aquellos que estaban muertos EN pecado, podrían convertirse en muertos AL pecado y vivos para Dios EN Cristo Jesús y caminar en la novedad de Su vida.

La cruz no cambia el estado de Adán frente a Dios, es decir, la cruz no le dio vida a Adán. La cruz juzgó eternamente a Adán en la muerte de Jesucristo; esta es la razón por la que Jesús es llamado el último Adán. Esta es la razón por la que Jesús dijo: “Cuando yo sea levantado, atraeré a todos a Mí mismo”. Él les ofrece a los muertos un final. Él les ofrece a los muertos una crucifixión. Él no cambia el estado de muerte de Adán frente a Dios, sino que nos ofrece una salida de Adán; un éxodo.

La cruz no cambia la naturaleza de Adán, nos da una puerta de salida de esa naturaleza. Ella no deshace la basura que es Adán, nos otorga una escalera de salida de un ámbito a otro. Nos otorga a los muertos que oímos Su voz, una Persona en quien podemos vivir. Entonces, el espiritualmente muerto Adán, fue puesto en la muerte de Cristo (“crucificado con Cristo”) y juzgado eternamente...separado permanentemente de Dios con toda la vieja creación (“sepultado con Cristo”), a fin de que nosotros, por medio del nuevo nacimiento (nacimiento de arriba) podamos salir de una humanidad y ser partícipes de Otra (“resucitado con Cristo para caminar en la novedad de vida”).

Por supuesto, esto levanta la pregunta: ¿Por qué, entonces, continuamos manifestando a Adán? Bien, y brevemente, la respuesta tiene que ver con el hecho de que el Señor necesita quitar de nuestro corazón, de nuestro entendimiento, de nuestra alma, lo que Él ha quitado ya de Su vista por medio de la cruz. Nosotros hemos nacido de Su Espíritu, por lo tanto, nuestra alma debe ser transformada ahora por la renovación de la mente, para llevar la imagen de lo que (Quien) ya ha sucedido en nuestro espíritu. Si mi espíritu ha nacido de nuevo, unido a Cristo, lleno de Su vida...pero mi alma (mente, emociones, voluntad, etc.) es enteramente, o mayormente, inconsciente de que Cristo es su vida, y continúa en su entendimiento entenebrecido, deseos carnales, ceguera de la mente natural...fallará en manifestar, comprender, expresar o tener formada en ella lo que se le ha concedido.

El que es nuestra vida debe tornarse manifiestamente la “salvación de nuestra alma”. Con “salvación de nuestra alma” no quiero decir salvación de nuestra alma del infierno, sino salvación de nuestra alma de nosotros; la transformación de nuestra alma a la imagen de Su vida. Ese es el porqué Pablo muy a menudo habla de los que están “siendo salvos”; no siendo salvos del Hades, sino siendo salvos de la memoria muscular, del alma no renovada del hombre natural.

Entonces, Adán, habiendo sido quitado de Dios a través de la muerte, sepultura y resurrección de Cristo, debe ser ahora desplazado de nuestra alma entenebrecida, esclava, terrenal, carnal, lujuriosa y sensorial, a través de la revelación de Jesucristo quien es nuestra vida. Cada vez que “...Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria” (Colosenses 3:4). La cruz que consumó la obra de Dios, debe obrar ahora en nuestro corazón para despojarnos del viejo hombre, y revestirnos del Nuevo a través de la renovación del espíritu de nuestra mente. (Efesios 4:22-24)

Mi punto principal en esta lección es simple, señalar a partir de estos tres versículos, cómo ve Dios al hombre natural. Estas Escrituras no dicen que usted fue dirigido hacia una muerte, dicen que usted estaba muerto. Estas Escrituras no dicen que usted tenía algunas luchas contra los delitos y pecados, lo llaman muerto en delitos y pecados. No dicen que usted tenía algunos asuntos mundanos, dicen que usted caminaba totalmente de acuerdo con la corriente de este mundo, la era de la vieja creación. No dicen que usted era tentado

por Satanás, sino que él era su príncipe, y que de hecho, usted le daba expresión a él en la tierra. No dicen que usted tenía alguna obsesión con los deseos de la carne, dicen que usted vivía en los deseos de la carne y hacía la voluntad de la carne y de los pensamientos. No dicen que usted hizo algo para merecer la ira, sino que usted por naturaleza era hijo de ira.

¿Ve cómo Pablo describe con mucho cuidado la condición de muerte y depravación del hombre adámico? Espero que pueda verlo, porque de nuevo, es hasta que veamos lo que éramos y el porqué eso necesitaba ser destruido y no arreglado, entenderemos lo que Él nos ha dado; y eso es lo que Pablo está a punto de describir en los siguientes versículos.

Antes de terminar, pienso que es necesario decir unas pocas cosas acerca del versículo 2, donde Pablo dice que todos nosotros alguna vez caminamos de acuerdo al “príncipe” o gobernador de la “potestad” o autoridad del aire, el espíritu que ahora obra en los hijos de desobediencia.

En cuanto al porqué Pablo se refiere con este título a Satanás, no estoy del todo seguro. La mayoría de los comentaristas hacen referencia con este versículo, al hecho de que los judíos de ese tiempo, al igual que innumerables religiones paganas, eran del pensamiento de que el aire o la atmósfera era la morada de los espíritus demoníacos. Por alguna razón, ese era el pensamiento más común, que el aire era un ámbito que estaba asociado con los ángeles caídos, y que por eso, Pablo hace referencia al príncipe de ellos aquí. Yo no puedo decir con certeza que esa sea la razón por la que Pablo usa ese título, pero cualquiera que sea, estoy seguro que está en lo correcto.

Lo que quiero subrayar tiene menos que ver con el título para Satanás y más con el hecho de que Pablo lo llama “el espíritu que obra en los hijos de desobediencia”. En mi opinión Pablo no está diciendo, necesariamente, que todo incrédulo está poseído por un demonio, como el endemoniado gadareno, sino que el hombre adámico y su creación son el territorio y “campo de acción” del enemigo.

El alma humana fue creada por Dios para ser una vasija. Esa vasija es la expresión de un reino o de otro. Sólo hay dos, no hay un terreno neutral, no existe una zona gris. Jesús dejó eso claro en Sus enseñanzas y Pablo también lo hizo. En Colosenses 1 dice que cuando nosotros nacimos de nuevo, fuimos *“librados de la potestad de las tinieblas, y trasladados al reino de su amado Hijo”*. Dos reinos, dos reinados obrando en y a través del alma del hombre. Nosotros nacimos en uno y nacimos de nuevo en el otro. Por lo tanto, nosotros somos la expresión de uno de los dos príncipes, de uno de los dos gobernadores, de uno de los dos reinos. Satanás es llamado “el dios de este siglo”, “el gobernador del mundo”, “el príncipe de la potestad del aire”. El hombre natural, el hombre adámico, no es sólo engañado por él, sino que de hecho, y en una multitud de formas, ha llegado a ser la expresión de su reinado.

Esa es la razón por la que Jesús puede decir lo que les dijo a los fariseos en Juan: *“Yo hablo lo que he visto cerca del Padre; y vosotros hacéis lo que habéis oído cerca de vuestro padre. Respondieron y le dijeron: Nuestro padre es Abraham. Jesús les dijo: Si fueseis hijos de Abraham, las obras de Abraham haríais. Pero ahora procuráis matarme a mí, hombre que os he hablado la verdad, la cual he oído de Dios; no hizo esto Abraham. Vosotros hacéis las obras de vuestro padre. Entonces le dijeron: Nosotros no somos nacidos de fornicación; un padre tenemos, que es Dios. Jesús entonces les dijo: Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais; porque yo de Dios he salido, y he venido; pues no he venido de mí mismo, sino que él me envió. ¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi palabra. Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. El ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira. Y a mí, porque digo la verdad, no me creéis”* (Juan 8:38-45).

Yo no creo que esos fariseos hayan sido, inequívocamente, más malos que el resto de sus compañeros. Creo que Jesús sólo estaba diciendo que el hombre por naturaleza es un hijo de ira, engañado y engañador, tal como el Padre de mentiras.

He dicho todo esto no para pintar un cuadro desolador del hombre adámico; aunque sí es parte de mi meta. Lo dije más para que podamos desde esta perspectiva o desde este mirador, entender la salvación que Dios nos ha concedido en y como la Persona de Jesucristo. Los próximos versículos describen la realidad y sustancia de esa salvación, pero si no vemos primero de donde salimos, nunca entenderemos lo que somos.